

LINDAURA ANZOATEGUI DE CAMPERO

LUIS

(EPISODIO)

POR

El Novel

Potosí — 1892

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz – Bolivia

En una noche borrascosa del mes de noviembre de 1850 y tantos, dejábanse oír por intervalos, en una habitación de la calle de San Roque (Hoy calle Pérez", en homenaje á la memoria del General D. Juan José Pérez, muerto en la batalla del "Alto de la Alianza", el 26 mayo 1880.), las voces discordantes de individuos que cantaban y disputaban á un mismo tiempo, señal inequívoca del efecto producido por la afamada *chicha* de aquel barrio.

Tronaba el cielo, deslumbraban los relámpagos, y las gruesas gotas de lluvia menudeaban, amenazando convertirse en torrentes.

Dio la una de la mañana en el sonoro reloj de la Catedral que entre paréntesis, hasta esta año de gracia de 1892, es el único que tiene para su gobierno, el pueblo de la culta Sucre, capital de la República de Bolivia, y se escuchó al extremo de la calle, el acompasado y sonoro paso de un caballo de raza. En ese mismo instante se elevó el diapason de las destempladas voces de los parroquianos de la tienda, y el ginete que habia detenido el paso de su fogoso caballo, como incierto de la direccion que debía seguir, despues de un corto momento de vacilacion, avanzó resueltamente y golpeó con fuerza la puerta.

—¡Alto ahí! ¿Quién vive?, exclamó una voz varonil.

—Paisano y amigo, contestó el viajero.

Siguióse un corto silencio, y entreabriéndose con precaucion la puerta asomó por ella la cabeza de una mujer.

—¿Quién va?, dijo.

—Soy yo, buena mujer.

—Sin duda que deber ser U.; pero eso no me dice cómo se llama.

—Vengo de Yotala y me ha tomado la tormenta. No me atrevo á presentarme á esta hora en casa de... de mis patrones.

—¡Ola! ¿Y quiénes son los patrones de U.?

—Son...

Aquí una fuerte tos cortó la palabra al viajero.

—¿Quiénes son?, insistió la mujer.

—Son ... son los señores Jerman.

—No los conozco ni pizca: deben ser gringos, ¿no?

—Sí, son gringos, contestó apresuradamente el viajero, y muy delicados y exigentes; por eso temo sufrir una reprension si voy á llamar á la puerta de su casa á esta hora. ¿Querría U., buena mujer, permitirme que espere en esa habitación hasta que aclare el día?

Hubo una breve consulta en voz baja, que interrumpió un hombre abriendo con resolucion la puerta.

—Pase U. adelante, dijo

—Gracias, amigo; pero ¿dónde coloco mi caballo?

—En el patio. Voy á abrir á U. la puerta de calle.

El viajero echó pié á tierra, y guiado por el ruido de la puerta, condujo por la brida á su brioso corcel, y asegurándolo en un derruido pilar del mezquino canchon, condecorado con el nombre de patio, siguió á su conductor á la tienda, tristemente alumbrada por un fumoso cabo de vela. Allí vió dos hombre y dos mujeres del pueblo, apurando sendos vasos de chicha. El viajero arrojó sobre ellos una rápida e inquieta mirada, mientras el hombre que lo había introducido, lo examinaba con persistente atención, sin llegar á descubrir mas que dos hermosos ojos negros, pues el gran sombrero de paja que sombreaba el rostro del viajero y la bufanda en que lo tenía envuelto, desafiaban la mas indiscreta mirada. Alto y de marcial continente, llevaba con desembarazo y elegancia un largo poncho de paño azul, que cubria parte de sus altas botas de montar. La lluvia lo había calado completamente y el poncho destilaba agua.

—Tome U. esta tacita de ponche calentito para confortarse, le dijo la mujer que lo había interpelado desde la puerta.

—Muchas gracias, contestó rehusando el viajero. Estoy tan rendido, que sólo deseo echarme en un rincón para descansar.

—Eso no impide que tome U. el ponche.

—Repito que se lo agradezco, repuso con alguna impaciencia el recién llegado. Necesito reposo y nada más.

—Haga U. lo que guste; sólo que le daré un poncho de mi marido mientras haga que se seque el suyo.

—Es inútil, contestó el viajero. Pido á UU. permiso para recostarme en aquel banco y ver de dormir un poco.

El que parecía el dueño de casa, una vez que notó que su huésped, tomando la postura mas cómoda, tenía la cara vuelta hácia la pared, hizo seña para que lo siguiese á uno de sus compañeros, y ambos salieron cautelosamente al patio.

—Oye, le dijo: vas á quedar tú al cuidado de ese viajero, y procura tener los ojos bien abiertos para que no se nos escape. Yo, de este paso, me voy á la Intendencia.

—¡Vaya la idea! ¿Y qué vas á hacer á la Intendencia con este tiempo de perros?

—Eso á ti nada de importa. Ten mucho cuidado con ese hombre, que yo no tardaré en volver, ¿estás?

—Véte, pues, sin cuidado.

Desapareció el hombre, dejando la puerta de calle abierta, para hacer el menor ruido posible, y su compañero volvió á la tienda.

—¿Dónde ha quedado mi marido?, le preguntó la dueña de casa.

—¡Chit!, articuló el recién entrado, señalando al viajero.

—¿Qué hay, pues, de nuevo? Exclamó sobresaltada la mujer.

El hombre puso un dedo sobre los labios y aproximándose á ella, le habló al oído.

—¡Virgen de Guadalupe!, interrumpió ésta, juntando las manos con angustia. ¡A la Intendencia!!...

Se ha descubierto alguna nueva revolucion?

El viajero se enderezó sobresaltado.

—¿Quién habla de revolucion aquí?, exclamó, dando un paso adelante. ¿No estamos entre amigos? ¿No somos los mas leales servidores del padre del pueblo, de nuestro ilustre Presidente el General Belzu?

Semejante apóstrofe, llenó de temor y consternacion á los concurrentes.

—¡Señor! ¡¡tatai!!, dijo la dueño de casa, en ademan suplicante; no se equivoca U.: sí nosotros somos los mejores servidores de nuestro padre, el General Belzu, y por eso mismo, mi marido ha creído talvez que U....

—¡Ola!; ¿Se han atrevido UU. á sospechar de mí?, interrumpió el viajero, paseando su mirada brillante y dominadora sobre el consternado grupo. Voy á marcharme en el acto, y mañana sabrán UU. si se ofende impunemente al hombre de confianza de los Señores Jerman, encargado de darles un mensaje de importancia, para que se lo transmitan á su Excelencia el Señor Presidente.

Y avanzó con aire decidido hácia la puerta.

—Pero, Señor,... se atrevió á decirle el encargado de vijilarlo, poniéndosele tímidamente al paso.

—Hasta mañana, pues, ó mejor dicho, hasta dentro de breves horas, en que tendrán UU. noticias mías, añadió el viajero, separándolo sin mucho esfuerzo de la puerta.

Una vez en el patio, tomó su caballo que, al reconocer su voz, piafaba impacientemente, y montándolo, con la destreza consumada de un ginete, dirigió con la mano una señal de despedida á los concurrentes, que lo seguían mudos y confundidos, y salió á la calle, ántes de que pensasen en oponerse á su partida.

En los primeros instantes, solo procuró alejarse de la casa, y, para el efecto, dirigió su marcha por el mismo camino que había traído, es decir, hácia la quebrada del Tejar. Una vez en ella, se detuvo y aspiró con fuerza el aire húmedo y fuerte que le azotaba el rostro. La lluvia había cesado, pero la oscuridad era profunda.

—Esperaré el amanecer aquí, oculto en alguna de estas quiebras, murmuró entre dientes, para orientarme en la ciudad con los primeros albores de la mañana. ¡Maldito contratiempo!

II

Pasado el primer momento de estupor entre los espectadores de la brusca partida del viajero, exclamó con ira el encargado de vijilarlo, volviendo de la puerta de calle:

—La culpa es U., Da. Pancha, que se puso á gritar como una condenada, no bien le avisé que su marido había ido á la Intendencia.

—¿Y quería U. que me quedase punto en boca, cuando mi marido abandonaba su casa en la fuerza del aguacero y de los rayos?

—Pero es que yo voy á ser el *pagano*, porque á mí me dio el encargo de cuidar del viajero.

—Entónces, por qué no impidió U. el que se fuese?

—¡Sí! ¿como que la cosa era tan fácil estando él montado y quizá con armas!

—¿Sabe U. lo que diremos para que no desfogue contra U. mi marido? Pues vamos á asegurar que nos amenazó á todos, y que á U. casi lo mata con sus pistolas.

—¡Calle U.! Oigo pasos.

En efecto, entraba al patio una partida de seis hombre y un oficial, conducida por el dueño de casa.

—Aquí es, dijo éste. Marchemos despacio para no espantar al pájaro.

Su mujer se le puso por delante, exclamando entre sollozos.

—¡Se ha fugado! ¡ha huido, el muy bribon!, despues de habernos hartado á insolencias y casi muerto á balazos á todos nosotros.

Una expresiva y enérgica intergeccion de ira, acojió esta palabras.

—¡Cobardes!, articuló el dueño de casa, lanzándose con los puños cerrados sobre el intimidado grupo, ¡uy no fueron UU. bastante hombres para detenerlo!... Y tú, ¡canalla!, tú, á quién recomendé que lo vijilases sin quitarle a vista de encima, ¿no te das cuenta de que, por culpa tuya, acabo de perder el premio ofrecido al patriota que denuncie á un traidor?

—Alomenos, intervino prudentemente el oficial, alguno de UU. sabrá indicarnos la direccion que tomó ese hombre, pues no puede estar muy lejos aún.

—En efecto, mi oficial, se apresuró á decir el mal parado vijilante; yo lo seguí hasta la puerta, y tomó el camino éste que baja á la quebrada,

—En marcha, muchachos, en marcha, exclamó el dueño de casa. Con un poco de actividad no podrá escapárseños.

—Oiga U. amigo, dijo el oficial, deteniéndolo, ¡cuidado con hacernos correr á la pista de un viajero sin importancia, como nos está sucediendo ya, varias veces, desde que se premia á los de la... quiero decir, á los patriotas! ¿Está U. seguro de que ese hombre sea sospechoso?

—Pues, ¿no ha de serlo cuando cuida tanto de no mostrar la cara? Y luego, si no fuera culpable, ¿porqué hubiera huido?

—¡Qué se yo!: acaso sólo por el terror que inspiran las fuertes medidas que se toman por las autoridades.

—En fin, mi oficial, dijo con aire descontento el dueño de casa; por mi parte, he cumplido con mi deber, como buen hijo de nuestro ilustre Presidente, que es el padre y defensor del pobre pueblo; ahora vea U. lo que mas le convenga hacer.

—En marcha, pues, dijo el oficial: la diligencia es madre de la buena ventura.

Y salió de sus soldados, á cuya cabeza marchaba el activo dueño de casa; pero ni el celo, ni la buena é infatigable voluntad que desplegaron en busca del fugitivo, pudo dar resultado alguno; y despues de mas de una h ora de infructuosas pesquisas, se despedía el oficial de su conductor, dejándolo sombrío y pensativo en la puerta de su casa.

—Voy á procurarme un rato de sueño, que bien lo necesito, dijo el oficial al alejarse.

—¡Tonto! Murmuró desdeñosamente el delator. En cambio, con la primera luz del día, voy aprovechar mejor del tiempo.

El oficial se presentó dar parte de su frustrada expedición al hombre que desempeñaba interinamente en aquellos días, el puesto de Intendente; lo encontró paseando con visible agitación y embozado hasta los ojos en su larga y ancha capa, bajo los arcos del edificio conocido hasta nuestros tiempos, con el nombre de Cabildo. (En esos arcos y sus elegantes pilares de piedra, han desaparecido hace poco, para ser reemplazados por una fachada moderna.) Al saber lo ocurrido, dio una furiosa patada al suelo.

—Y ¡ése, ese era mi hombre, el mensajero esperado desde hace días por los traidores!, exclamó iracundo: casi tengo evidencia de ello. Pero U. ¿tienes la convicción de haber cumplido su deber?...

¿Ha hecho U. todo lo posible para dar con el fugitivo?

—Todo, Sr. Intendente.

Este volvió á su agitado paseo á lo largo del corredor, Deteniéndose de pronto y con aire brusco y duro, dijo al oficial:

—Necesito á todo transe apoderarme de ese hombre, que no puede hallarse lejos, y que debe, por necesidad, entrar á la ciudad. Así es que, antes de media hora, quiero estén vigilados todos los caminos que U., como chuquisaqueño, conoce perfectamente bien. La columna toda de la Policía, está á sus órdenes; y esta vez añadió, dirigiendo una mirada torba á su subalterno, entiendo quedar mejor servido. Marche U.

El oficial dio un paso para alejarse.

—No olvide U., agregó el Intendente, que el premio ofrecido por la cabeza de ese hombre, es de mil pesos.

III

La casa á que nos permitimos conducir ahora al lector, tiene un aspecto modesto, casi pobre, notable sólo por el esmerado aseo que la distingue. Por los resquicios de la puerta de calle, se ve el patio lleno de verdor y de flores, reanimadas y brillantes por la lluvia de la noche anterior. Es tan temprano aún, que únicamente los pájaros, anidados en el espeso follaje de un naranjo en flor, unen sus cantos con el perfume penetrante de las plantas, interrumpiendo el profundo silencio que reina en la casa.

No tardan en aproximarse á la puerta un indio, encorvado bajo el peso de un gran cántaro lleno de agua, que conduce penosamente sobre su espalda, y llama muy quedo, sin obtener respuesta. El rumor de unos pasos acompasados que se oyen por el extremo de la calle, lo hace volver vivamente la cabeza, y ve venir cuatro soldados con un oficial que los precede. Este murmuraba entre dientes.

—¡Al diablo con tanto miedo y con tanta vigilancia! Llevo tres noches sin descanso, y todo, ¿para qué?

La presencia matinal del indio, cambió el curso de sus ideas.

—¿Qué haces tú, plantado ahí, buena pieza?, le dijo.

El interpelado inclinó humildemente la cabeza y guardó silencio.

—Mi Capitan, exclamó un soldado riendo, ¿cómo quiere U. trabar conversacion con ése, si le habla en castellano?

—¡Bah!; estos bribones tienen la malicia del diablo. Estoy seguro de que el perillan me ha comprendido al vuelo; pero voy á darle gusto. Y bien, prosiguió, dirigiéndole esta vez la palabra quíchua, te pregunto, ¿qué haces en esa puerta tan de madrugada?

—Soy conchabado para regar las plantas, contestó el indio, en voz tan baja y ronca, que apenas se le oyó.

—No has atrapado mal romadizo con el madrugon; tentaciones tengo de llevarte ante el Intendente para que descarguen su mal humor en tus espaldas y te propine un buen sudor. ¿Qué dices á esto?

—El señor militar puede pedir permiso á mis patrones para hacerlo, dijo el indio, inclinándose con mayor humildad ante el oficial.

—¡Ea!, basta de broma y marchemos, dijo éste, dirigiéndose á sus soldados; y añadió para sí, reanudando el hilo de sus reflexiones. Si las otras partidas se vienen con las manos tan limpias como la mía, no pasará muy buen rato el Sr. Intendente.

El indio permaneció en su humilde postura, hasta que la tropa desapareció por completo, y la calle volvió á su absoluto silencio y soledad. Enderezando entónces su alta estatura, se dirigió resueltamente á una ventana baja de la casa, y llamó con precipitacion y fuerza, murmurando por lo bajo.

—Rifemos el todo por el todo; no tengo tiempo que perder.

—¿Quién es?, exclamó una voz sobresaltada.

—Haga U. abrir la puerta en el acto, si es que hablo con el dueño de casa, contestó el fingido indio, con acento casi imperioso.

—Soy en efecto la persona que U. presume, pero...

—En tal caso, ábrele U. personalmente; mi situacion es terrible.

—¡Santo Dios! ¿Qué sucede, pues?

—Sucede que vengo de lejos, que pueden reconocerme y que...

—¿Sería posible?... ¿Es U. el mensajero que? Voy, voy en el acto.

Segundos despues, la puerta se abria con precaucion, cerrándose del mismo modo sobre el indio que, cargado de su cántaro, se detuvo en el zaguan para dejarlo por tierra.

El dueño de casa, representando apenas 20 á veinte dos años, tenía un aire franco y resuelto; las miradas de sus grandes y azules ojos se fijaron con estupor en el extraño huésped, quién á su vez notaba el vestido ligero con que el jóven, en su precipitacion, habia corrido de su cama á la puerta. Este rapidísimo exámen, no pasó desapercibido, y un ligero rubor coloreó la tez mate y delicada del jóven, que se disponía á hablar.

—¡Silencio!, murmuró el recién llegado. Lléveme U. á su habitacion, si es que, como yo lo creo, me encuentro en la casa designada por...

—Sí, sí, caballero, le interrumpió con viveza el jóven. Tenga U. la bondad de seguirme.

Una vez en el cuarto, el dueño decasa indicó un cómodo sofá á su huésped; pero éste le contestó sonriendo:

—No, mi jóven amigo; no aprovecharé de tan oportuno ofrecimiento, mientras no me proporcione U. el medio de mostrarle el rostro real y verdadero del hombre á quien tan noblemente acaba de abrir las puertas de su casa.

El jóven le indicó su mesa de lavatorio, y se ocupó á su vez en terminar de vestirse.

Momentos despues se contemplaron ámbos con manifiesta satisfaccion, simpatizando, el dueño de casa, con el atezado y varonil rostro de su huésped, y éste con la fisonomía franca é inteligente, los rubios cabellos, los grandes y melancólicos ojos azules del jóven.

IV

—Espero que ahora no rehusará U. el asiento que le ofrezco, dijo el primero; á ménos que prefiera U. cambiar con mis vestidos ésos con que está disfrazado.

—Ya pensaremos en ello mas tarde, contestó el viajero, arrellenándose con manifiesto placer, en un mullido sillón. No quiero todavia abandonar un vestido al que debo encontrarme sano y salvo al lado de U.

Eso significa que el largo viaje de U. no ha estado libre de peligros.

—Los mas inminentes los he corrido anoche y hace un momento.

La expresiva mirada del jóven, interrogó con ansiedad.

—Creo que no debo dudar de que esté U. informado de la importante comision que traigo para los amigos de ésta.

—Sé que ellos esperaban desde hace tres o cuatro dias á la persona que debe traer noticias é instrucciones del Sr. Linares, que se encuentra en Yavi.

—¿Extrañaban sin duda su demora?

—¡Ya lo creo!, en vista de la vigilancia incansable que las autoridades han desplegado en estos dias.

—Y mas que eso, amigo mio, á la perversion moral que este Gobierno corruptor, ha sembrado en el pueblo. Poco conocedor de Sucre, la tormenta de anoche me desorientó al embocar por la calle de San Roque, donde pedí asilo en una habitacion, creyendo pasar desapercibido entre esa pobre gente; pero luego me convencí de que todo el pueblo de la capital, se ha convertido en delator.

—¡Dios santo! ¿Fue U. descubierto?

—Escapé muy oportunamente, huyendo á una cercana quiebra, desde donde oí perfectamente la caza que se me daba por espacio de mas de una hora. Por fortuna mía, al amanecer bajó un indio á recoger agua á la quebrada, y no teniendo otro medio que elegir, caí sobre él y lo despojé de sus vestidos y del cántaro que llevaba, dejándolo amordazado y perfectamente liado.

—Pero, pueden dar con él de un momento á otro, y descubrir entónces...

—¿Podía yo salir del paso de otro modo, amigo mio?... Y mi disfraz ha sido tan perfecto, que hace poco, aquí, á la puerta de la casa, no ha sospechado de mí el oficial que me persiguió anoche, y cuya voz reconocí en el acto.

—¡Cuánto peligro para U.!

—Todo lo doy por bien pasado, puesto que me encuentro al fin de la jornada y entre leales amigos.

—¡Oh! sí, exclamó el jóven. Felizmente, la eleccion de esta modesta casa, para recibir á U., ha sido muy prudente, y la distinguida persona que se la indicó, conoce la circunspeccion de mi madre, y sabe que puede contar si reserva con nuestra decision por la causa...

El jóven fue interrumpido por unos golpes dados discretamente en la puerta.

—Luis, hijo mio, dijo una suave voz de mujer, ¿estas ya en pié?

El dueño de casa consultó con los ojos á su huésped, que se inclinó en signo de asentimiento.

—Buenos dias, madre, dijo el jóven, abriendo la puerta.

La señora tomó con ámbas manos la rubia cabeza de su hijo, y la cubrió de besos.

—No estamos solos, madre, agregó Luis, correspondiendo con una sonrisa á sus maternales caricias. Tengo que hacer á U. una grata presentacion.

La madre retrocedió asustada á la vista de la rara persona que la saludaba cortesmente, adelantándose á su encuentro. El jóven exclamó, sin poder contener la risa.

—¿Acaso no esperábamos á este caballero, y con grande inquietud, madre mia?

—¿Será posible?... Este...caballero... es...

—El mismo, señora, que le ha sido recomendado por nuestra comun y respeta amiga, y que tiene el honor de saludar á U.

—¡Gracias á Dios! Su demora nos tenia en el mayor cuidado.

—Mi permanencia en Potosí, tuvo que prolongarse.

—¿Y ha venido U. desde allí, así... á pié?

—El motivo de mi disfraz, ya se lo contaré á U.; felizmente, lo abandonaré luego, pues lo tengo puesto sobre mi ropa.

—¡Ah! murmuró Luis, conteniendo una nueva carcajada, es por eso que me parecia U. de tanta corpulencia.

—En cuanto á mi noble caballo, mi poncho h mi sombrero, continuó riendo á su vez el huésped, los he dejado en perfecta seguridad, en la quiebra, donde he pasado algunas horas. Espero encontrarlo todo esta misma noche, para mi regreso inmediato.

—¿Esta misma noche?, preguntó Luis sorprendido.

—Sabe U. que están sobre la pista, y que no tengo tiempo que perder Veré hoy á la persona á quién debo comunicar mi comision, y ya nada me detendrá aquí.

—Tiene U. razon, dijo la madre de Luis. Pero U. de ningun modo puede ni debe salir de aquí; irá mi hijo á llamar á nuestra amiga, que vendrá inmediatamente. Por mi parte, voy á despedir hoy, con cualquier pretesto, á la criada que, como á toda la demas gentes del pueblo. La creo capaz de delatar á su mismo padre para obtener el premio de la sangre... ¡El horrible! Murmuró estremeciéndose la señora. ¡Siempre sangre!

Luis corrió á ella y la acarició tiernamente.

—¡Aturdido!, le dijo la madre, sonriendo con infinita ternura, ¿no has pensado aún en ofrecer una taza de café á este caballero!

—La verdad, madre mia.

—Voy á reparar tu olvido. Mientras tanto, permita U. ser servido sólo por mi hijo ó por mí.

—¡Oh! señora... murmuró, inclinándose profundamente el viajero.

La puerta se cerró sin ruido, quedando nuevamente solos Luis y el recién llegado.

—¡Me ha sorprendido la semejanza tan completa que existe entre U. y su madre!, exclamó, conmovido el viajero. ¡Qué feliz deber ser U., rodeado, estimulado por ese maternal cariño! Yo tuve la desgracia de perder muy temprano á mi santa madre, y el vacío de ese amor, no ha podido ser llenado por ningun otro en mi corazón.

V

Mientras ésto pasaba en la mencionada casa, tenia lugar en la Policía una escena íntimamente ligada con la suerte de las que hemos presentado ya al lector.

Informado el Intendente de lo infructuoso de las medidas tomadas en esa mañana, mordía con aire iracundo su cano y erizado bigote, procurando leer en el rostro de sus subordinados, la verdad de la relacion que por turno entraban á hacerle. Por fin, quedó sólo con el oficial, encargado en jefe de la expedicion.

—Según eso, exclamó, dando libre curso á su despecho, estamos rodeados de inútiles ó de traidores.

La frente del oficial se enrojeció y sus labios se contrajeron.

—En el ejército no hay ni inútiles ni traidores, dijo con altivez; yo la afirmo.

El Intendente clavó en él una mirada rencorosa y amenazadora, y se disponia á contestar duramente al oficial, cuando fue interrumpido por un hombre del pueblo, que entró sin ceremonia.

—¡El paisano de anoche! Exclamó con aire satisfecho. U. ha sabido cumplir su deber, y no es culpa suya si el traidor ha conseguido escapársenos.

—¿Escaparse?: eso está por verse, contestó socarronamente el paisano.

—¿Será posible?, interrumpió el Intendente.

—¿Sabe U. algo?

—Yo no he perdido mi tiempo.

Con la primera luz del dia, me largué rastreando por la quebrada...

—El caballo, en primer lugar, y luego, el poncho y el sombrero, prendas que reconocí en el acto.

—¡Ah! ¿Nada más que eso?, dijo el Intendente, contrariado.

—Algo más, señor, Intendente, algo más: las señas de nuestro hombre con su nuevo disfraz, que me las dio el indio á quien habia desnudado, quitándole hasta el cántaro en que recojia agua.

Al oir estos detalles, el oficial dió un paso vivamente, pero un pensamiento súbito lo contuvo.

—No, no, murmuró moviendo con disgusto la cabeza: el militar debe combatir lealmente al enemigo; dejemos á esta canalla el vil é infame papel de delatores: entre ellos que se entienden.

Nadie notó su rápido movimiento.

—Pero, ¿ese indio...? Siguió interrogando ávidamente el Intendente.

—Lo he dejado con dos de los suyos, vigilando el sitio en que está el caballo.

—¿Léjos de aquí?

—A un cuarto de legua, mas ó ménos.

—Vamos allí, exclamó el Intendente. Quiero tomar yo mismo los informes que necesito para seguir la pista del traidor: no permitiré que se me sirva mal en adelante, añadió, echando de soslayo una mirada descontenta al oficial.

—Salvo su mejor parecer, Señor Intendente, contestó el hombre del pueblo, creo yo que es mejor que vayamos á emboscar al anoecer. Durante el día, es imposible que se atreva á ir allí nuestro hombre; y aun para ese caso, lo recibirán con buenos garrotes y piedras, tres indios robustos y resueltos. Esperemos, pues, el anoecer; y hagámonos, mientras tanto, los muertos, para que crea que la Policia ha perdido su pista.

El Intendente reflexionó un momento.

—Me parece bien, dijo; esperemos; pero, no olvide U. que al oscurecer, debe servirnos de guía. Saldrémos á pié, puesto que la distancia es tan corta, y para no causar sospecha ni alarma de ningun género. Yo tomo esta vez á mi exclusivo cargo la expedicion, para no verme burlado de nuevo. Me apresuro á dar á U. las gracias en nombre nuestro ilustre Presidente, por la importante captura que va U. á proporcionarnos.

Una sonrisa astuta, se dibujó en los delgados labio del cholo, y extendiendo la mano, contestó:

—Contantes y sonantes, Señor Intendente. Las cuentas claras hacen los buenos amigos.

—¿Cómo se entiende...? ¿Pide U. la recompensa, cuando el pájaro se encuentra libre?

—U. sabe que no es mia la culpa si ya no está enjaulado.

—Ni tampoco la mia, mi buen amigo.

—Yo le prometo á U. que á este paso, y si depende de mí, no lo será nunca.

—¿Amenazas á mí, imbécil?, ruió el Intendente.

—Entendámonos con calma, repuso el hombre del pueblo, volviendo á tomar su aire socarrón. La captura de ese famoso pájaro, ¿no sé por ventura, que significa para U. el nombramiento en

propiedad del puesto que ahora interinamente desempeña? Y si U. trabaja con tanta actividad, movida por el deseo de ganar esa recompensa, ¿qué me queda á mí, pobre hombre, si no me apresuro á asegurar la poca que me puede tocar en la partija? Pero, haga U. lo que guste Señor Intendente: yo, de este paso, voy á pedir audiencia al padre de los pobres, á nuestro Presidente, y sabrá con que celo toma su causa el pueblo, á quien quiere librar de sus opresores y tiranos, los hombres de levita.

El Intendente lo detuvo, tomándolo violentamente del brazo.

—Sígame á la habitacion inmediata, le dijo, entregaré á U. la mitad de la recompensa que se tiene ofrecida; la otra mitad es muy justo que sólo la reciba después del buen éxito de la captura.

El hombre del pueblo sonrió con aire de asentimiento, y ámbos se dirijieron á la habitacion indicada.

El oficial, que habia seguido siendo testigo mudo de esta escena, murmuró, con profundo disgusto:

—¡Canallas!... ¡Y son éstos los que tienen influencia ante el Gobierno!... Por desgracia, ellos acabarán por desprestijiar al Presidente.

VI

Luis habia dado aviso de la llegada del esperado mensajero, á la persona que debia entenderse con él; y ésta no tardó en venir, encontrando ya al viajero completamente reposado y desembarazado del disfraz que le daba tan extraño aspecto.

Despues de una larga y secreta conferencia, tomamos el diálogo en el momento en que reló del cuarto de Luis, donde habia tenido lugar, señalaba las nueve y media de la mañana.

—¿Es decir que U. me detiene aquí?, preguntó sorprendido el viajero.

—Por de pronto, sí, Coronel, contestó su interlocutora, Señora de fisonomia enérgica y distinguida; pero tranquilícese U: su espera será de muy pocos dias.

Las importantes instrucciones que U. acaba de trasmitirme, no pueden ser llevadas y ejecutadas sino por U. mismo, á Cochabamba, Oruro y La Paz. No temo que eche U. pié atrás.

—De ningun modo, Señora. Pero, no sé de quién podremos valernos para llevar la contestacion de los amigos de ésta á Yaví, donde es esperada con ansia.

La Señora guardó un momento de silencio.

—Creo haberlo encontrado, dijo,

—¿Un hombre decidido, seguro; un amigo dispuesto á arrostrar los peligros de semejante comision?

—Tal lo creo, Coronel: mi elejido reúne todas esas condiciones. En una palabra, es Luis, nuestro jóven amigo.

El Coronel (seguiremos llamandolo así, puesto que conocemos ya su alta graduacion) hizo un marcado movimiento de sorpresa.

—¡Es tan jóven!, Murmuró.

—Y U., Coronel, contestó sonriendo la Señora, ¿á qué edad se lanzó á las filas de la buena causa, en los célebres tiempos de crucistas y velasquistas?

—Yo no tenia madre ya, por desgracia, repuso el Coronel, conmovido, y la de Luis, que parece idolatrar á su hijo, ¿consentirá en que se le exponga á tanto riesgo?

—No hay que exalearle los peligros, amigo mio, dijo con viveza la Señora. Por lo demas; hablaré con ella y no será difícil decidirla. ¡Oh! es un corazon fuerte, aleccionado por la desgracia, Coronel: su historia contiene muchas y amarguísimas lágrimas.

—Su rostro simpático y bondadoso, me ha inspirado profundo interes.

—Interes muy merecidos por sus virtudes y sus desventuras domésticas, U. conoce poco nuestra sociedad Coronel.

—Sólo he estado de paso aquí, en dos ocasiones.

—Es natural que ignore U. la triste historia de la madre de Luis, que la conocemos todos en Sucre. Casó con un hombre grosero y ruin, ella tan delicada y pura. La regular fortuna que puso en manos de su marido, la vió miserablemente perdida en el juego y en las orgias. El infame, sordo á los ruegos y lágrimas de su santa esposa, reunia aquí, en esta casa, á sus dignos compañeros de desórdenes. Una noche se despertó sobresaltada al ruido de voces y de gritos espantosos: su primera mirada se dirigió á la cama donde dormía tranquilamente su hijo, de doce años de edad; vestíase apresurada y temblorosa, cuando abriéndose la puerta con estrépito vió entrar á su marido, con las ropas en completo desórden y un puñal ensangrentado en la mano. Tomándola de una brazo y sacudiéndola bruscamente, le dijo: "¡Me he "vengado!...Sal, pues, á contem"plar tu obra: ahí queda el cadá"ver de tu amante"

—¡Santo Dios! ¿Sospechaba de la virtud de su esposa?

—No, Coronel; pero necesitaba buscar un pretexto para disculpar el asesinato que habia cometido por una disputa de juego, y lo encontró á mano, destruyendo la reputacion de su mujer.

—¡Canalla! ¿Hizo pública su ruin calumnia?

—Y tanto que, al siguiente dia, todos compadecian al asesino y culpaban á su inocente víctima. Por salvar las apariencias, huyó de aquí y se supo que apareció en La Paz. Felizmente, en tan tristes momentos, no faltaron á la madre de Luis, los consuelos de una amistad á toda prueba, y no tardó nuestra justiciera sociedad, en rodearla del respeto y la consideración, que nunca dejó de merecer.

—Y, ese hombre?, preguntó, vivamente interesado el Coronel.

—Despues de seguir, por muchos años, una vida de vicios y quizá de crímenes, ha regresado aquí, sin haber vuelto á recordar nunca, ni á su mujer ni á su hijo; y hoy ocupa, gracias á la crueldad que lo caracteriza, y á su servil adulacion, un puesto de confianza entre los servidores de este Gobierno corruptor.

Un discreto golpe en la puerta, interrumpió una nueva pregunta que entreabria los labios del Coronel.

—¡Adelante!, dijo la Señora.

Luis entró para anunciarles que su madre los esperaba en el comedor.

—Este es el momento de insinuarnos respecto á la comision que debe desempeñar, dijo la Señora en voz baja á su interlocutor.

—¡Pobre madre!, murmuró estremecido el Coronel.

—¡La patria antes que todo!, contestó en voz alta y con noble entereza la Señora. Dios me ha negado un hijo para consagrarlo á ella; pero, no falta un corazon que esté dispuesto á sacrificarse en su servicio, ¿verdad, Luis, hijo mio?

—Así he comprendido siempre el deber de un ciudadano, contestó sencillamente el jóven.

El rostro expresivo í inteligente de la Señora, se iluminó con la expresion de un noble orgullo. Preciso es decir que, en el alma varonil y esforzada de esta mujer notable, el sentimiento del patriotismo, excluía los más suaves y los más naturales de su sexo.

—Gracias, gracias, Luis, le dijo, estrechándole calurosamente las manos. Así pues, ¿puedo contar contigo para el desempeño de una comision delicada y peligrosa?

Los azules ojos del jóven, brillaron de entusiasmo.

—¡Me cree U., al fin!, capaz de ser útil á la noble causa que servimos!, exclamó con generoso ardor. ¡Me he ofrecido á U. ya tantas veces, sin haber conseguido que me honre con su confianza!

La Señora le abrió los brazos y lo estrechó contra su seno, mientras el Coronel volvia la cabeza para ocultar una lágrima que empeñaba el brillo de sus negros ojos.

—Eres el digno hijo de tu noble madre, exclamó la Señora. Prepárate para marchar esta misma noche á Yavi, con las instrucciones verbales que hoy te daremos. El Coronel, que conoce los inconvenientes del camino, que debes evitar; cuidará de instruirte y aleccionarte prudentemente.

—Debo hacer conocer á mi madre esta determinacion, ¿no es cierto?

—Sin duda, hijo mio, contestó vivamente la Señora; no se realizará tu viaje sin su consentimiento; pero déjame á mí el cuidado de obtenerlo. Y ahora, pasemos al comedor, y procuraremos distraer á nuestro huésped, de la fatiga de su largo viaje.

VII

Daba lentamente las 9 de la noche, el sonora reló de la Catedral, llevando cada golpe del timbre, uno de muerte al corazon de la madre de Luis, pues, era esa la hora señalada para la partida del jóven, disfrazado con el vestido comun del hombre del pueblo es decir, pantalon, chaqueta, poncho terciado al hombro, y sombrero de copa muy baja, colocado casi sobre los ojos. La madre terminó de dar la última mano al bien ideado disfraz de su hijo, y, despues de besar fervorosamente una medalla, que se la colocó al cuello, se dejó caer sobre una silla, rompiendo en sollozos, contenidos con heroica firmeza hasta entónces. Luis se precipitó á sus pies y cubrió de besos sus manos.

—¡Madre! ¡madre adorada!; no te aflijas así, por Dios, exclamó conmovido, y dando á su madre el dulce tratamiento de tú, que á ella le era tan grato. ¿Era esto, por ventura, lo que teníamos convenido?

—¡Oh!, mi Luis, mi Luis, murmuró la madre, tomando con arrebató la cabeza de su hijo, y estrechándola convulsivamente contra su seno. No puedo, no puedo... ¡El sacrificio es superior á mis fuerzas!

—No seas medros, madre querida, repuso el jóven, procurando atraer sobre sus lábios una pálida sonrisa. Es necesario no exagerarse el peligro. Sabes que no estaré sólo al partir: el Coronel se me ha anticipado para explorar el camino, y debe esperarme, á estas horas, fuera de la ciudad. Y luego, estoy bien armado, madre.

—¡Oh! no: no más sangre, exclamó ella, estremecida: ¡Dios no lo permitirá ya!

—Sí: Dios no debe permitirlo, murmuró Luis, con acento profundo; y él me protegerá, no lo dudes, por que tengo que vivir muchos, muchos años para consagrarlos á ti, para recompensar con mi adoracion tus sufrimientos, tu martirio, mi santa y noble madre.

El jóven se interrumpió bruscamente, porque sentía que la emocion lo ahogaba. Se puso de pié con precipitacion y depositando un último beso en la helada frente de su madre, corrió como un loco, sin atreverse á volver los ojos, hasta encontrarse en la calle.

El Coronel, vestido poco más ó menos, como Luis, se paseaba, aparentando un aire de indiferencia, por el camino que, terminada la calle de San-Roque, va á la quebrada del Tejar; pero su corazon le latia con inusitada violencia. Habia concebido profundo interes por Luis y por su madre, y no se disimulaba los peligros que corria el jóven en su empresa. Creyó divisar una sombra, y empezó á entonar á media voz un canto popular, muy en voga en aquella época; la sombra se detuvo, y terminó en igual voz la tonada.

—¡Luis!, exclamó el Coronel, adelantándose á su encuentro.

—Me he retardado un poco, ¿verdad?

—Francamente, no he llevado cuenta del tiempo; lo he pasado examinando los alrededores y creo, con placer, que todo está tranquilo. Pero U. está helado, Luis, dijo de pronto el Coronel, tomando con emocion las manos del jóven.

—He tenido necesidad de todo mi valor para arrancarme de los brazos de mi madre, contestó éste, con acento sordo, en el que aún se traslucian lágrimas.

Su compañero lo atrajo sobre su pecho, y guardó silencio.

—¡Marchemos! Exclamó Luis, enderezándose con resolucion.

—Marchemos, contestó el Coronel.

Echaron á andar sin precipitacion, y con todo el aire indolente de dos hombres del pueblo, que se paseaban sin mas objeto que gozar del tibio ambiente de la noche.

El cielo tenia un azul tan profundo, que parecia negro. Brillaban multitud de estrellas que, en la atmósfera límpida y ligera que envuelve Sucre, alumbraban lo bastante para poder distinguir los objetos á larga distancia.

—Todo sigue silencioso y tranquilo, según parece, dijo en voz baja el Coronel, al penetrar á la quebrada; pero, es prudente no fiarse en apariencias. Lleve U. una de las pistolas en la mano, como yo llevo las mias. A Dios gracias, estoy orientado, y el trayecto que nos queda que recorrer, es corto. Apresurémonos: la luna no tarda en aparecer, y prefiero que su luz lo alumbre á U. ya á caballo.

Continuaron marchando en silencio pero rápidamente. El Coronel estrechó con fuerza el brazo de Luis, y le dijo al oido.

—Aquí es: en esta grieta del cerro, á la derecha.

—Vamos allá, contestó en jóven.

Minutos despues, se internaban en la quiebra, llena de arbustos y de molles raquíticos. Marcharon algunos pasos, separando la maleza que embarazaba su camino. El Coronel se detuvo y exclamó alegremente

—¡Gracias á Dios!: todo nos sale á pedir de boca. Aquí, en el mismo sitio en que lo aseguré esta mañana, tiene U. á mi noble caballo, mi infatigable compañero, que, esta vez más, sabrá corresponder á la honrosa confianza que se le dispensa.

Luis no tuvo tiempo para proferir una sola palabra; sonó un tiro, y el jóven cayó pesadamente á tierra.

—¡Herido!... ¡¡muerto quizá!!; rugió el Coronel; y olvidado de su propio peligro, se inclinó y levantó la cabeza de Luis sobre sus rodillas. El jóven abrió trabajosamente los ojos y articuló con penosa lentitud.

—Huya U.... huya U., Coronel... La patria ántes que todo.

Y añadió más bajo, mucho más bajo, con el estertor de la agonía.

—¡Madre!... madre... mia... ¡perdón!

Un último y convulso estremecimiento, mostró al Coronel que el cuerpo que estrechaba locamente entre sus brazos, era ya sólo un cadáver. Se puso de pié, desesperado, furioso de dolor; pero no tuvo mas tiempo que el preciso para arrojarse por tierra: una nutrida descarga de fusilería, atronó el espacio.

—¡Ah! canalla, canalla vil y cobarde, gritó el Coronel, enderezando su alta estatura. Sólo estoy, sí pero no indefenso.

E hizo fuego sobre el grupo que se le venia encima; pero su situacion era desesperada; así lo comprendió, y dirigió á su alrededor una mirada de angustia suprema. Un grito de satisfaccion, dilató su pecho: su caballo, su noble é inteligente compañero, espantado por los tiros, habia roto el lazo con que estaba asegurado, y reconociendo su voz, acudia á su lado Rápido como el pensamiento, el Coronel se inclinó para depositar un beso en la frente del cadáver, y tomando las pistolas de Luis, que yacian cargadas á su lado, saltó sobre el valiente animal que, estimulado por los gritos de sus perseguidores, emprendió una carrera vertiginosa.

—¡Se nos escapa el otro! Rugió una voz de trueno. ¡Y no tener un caballo para alcanzarlo!... A él, muchachos, fuego, fuego... quinientos, mil pesos por la cabeza de ese hombre.

Semejante promesa, estimuló hasta el delirio las fuerzas de los perseguidores, todos se lanzaron sobre el fugitivo, que ganaba rápidamente terreno, mientras los herrados cascos de su corcel, dejaban tras sí un rastro de fuego, de las chispas que arrancaban de las piedras de la quebrada. Las imprecaciones lo persiguieron aún largo trecho, cuando la plácida luz de la luna, esparciéndose serena sobre aquella escena de sangre, le hizo ver que solo quedaba tras él y muy cerca ya, un solo y tenaz perseguidor.

—¡Ah!, por fin eres mio, exclamó éste, apuntándole con el fusil. Ríndete, traidor, ó eres muerto.

—¡El paisano de anoche!... ¡El delator!, exclamó el Coronel; y volviéndose hácia él, hizo fuego.

El hombre lanzó un ronco gemido, y llevándose las manos al pecho, cayó de espaldas al suelo.

—¡Castigo muy tardío! , murmuró tristemente el Coronel. ¡Pobre Luis!... ¡¡Pobre madre!!

VIII

El Intendente y uno de los hombres de su comitiva, habian quedado examinando el cuerpo que yacia por tierra, mientras tenia lugar la persecucion de que era blanco el fugitivo.

—Hemos asegurado siquiera uno, dijo el primero, dando con el pié al cadáver; y en cuanto á éste, yo me encargo de hacerle cantar de plano todos los informes secretos de los conspiradores.

—Creo que eso será un poco difícil, repuso el hombre que procuraba enderezar á Luis, porque á mí me parece que está bien muerto.

—¡Ira de Dios!, exclamó el Intendente. Pero, nó: mi bala solo ha podido imposibilitarlo, y dándole socorros inmediatos... ¡Ola!, gritó con voz de trueno, ¿no habrá cerca un par de poltrones que ayuden á llevar á la ciudad este herido?

Algunos hombres se presentaron con aire tímido y receloso.

—¡Cobardes!, les dijo el Intendente, ¡cobardes é inútiles! Si la punteria de UU. Hubiese sido firme y certera como la mia, estarian los dos conspiradores en mis manos... ¡Ea! Carguen UU. con ese hombre y, ¡en marcha!; no es este el momento de las recriminaciones.

Mientras tenian lugar estas escenas, reinaba el mayor espanto en la ciudad. Habian sido oidas las descargas, y se creia que la revolucion era un hecho. Todos temblaban, pues se tenian duras y repetidas pruebas de que el Gobierno, sostenido únicamente por las masas, á las que corrompian halagándolas, y combatido tenazmente por la mayoría de la parte pensadora é ilustrada del país, no se pararia en los medios, cuando llegase la hora de las represalias. Las puertas y ventanas de las casas, se aseguraban sólidamente, despues de la precipitada entrada á ellas de sus dueños. Gran número de vecinos, buscaban la seguridad en la fuga; de suerte que, á las diez y media de la noche, hora en que regresaba el Intendente á la Policia; seguido de su fúnebre cortejo, la ciudad parecia desierta.

El cuerpo de Luis, fue ciudadanosamente colocado en un sofá del despacho del Intendente, y éste, con la terca esperanza de que volveria en sí el jóven, para arrancarle las declaraciones que necesitaba, mandó en el instante en busca de dos ó más médicos, sin haberse atrevido á dirigir una sola mirada al cuerpo, temeroso de adquirir la certidumbre de la inutilidad de sus tentativas.

Al quedar sólo en la habitacion, frente á frente del sofá en que dormia el jóven en último sueño, oyó á sus espaldas un grito de angustia indecible, y vió caer de rodillas ante el sofá á una mujer, presa del mayor desórden.

—Quiero verlo, decia, con palabras entrecortadas por un hipo convulsivo; quiero convencerme de que no es... no puede ser mi hijo... ¡Luis!... ¡Luis mio!...

Y con un movimiento rápido y desesperado, separó el rubio y sedoso cabello que cubria, en parte, el rostro del jóven. Al grito único, supremo, que arrojó la madre al caer muerta sobre el inanimado cuerpo, contestó otro, sin nombre, un rugido de fiera. ¡¡El Intendente, en su víctima, habia reconocido á su hijo!!

[1892](#)

La Paz - Bolivia